

ca tantas riquezas: lo robusteció en el curso de su vida, y le llevó en sus últimos años á un grado casi inverosímil. Labores que hubiera podido encomendar á un oficial de despacho, las ejecutaba por sí mismo: casi toda su correspondencia, y no sólo la reservada, la escribía de su puño: no había negocio que á su gobierno episcopal incumbiera, que no evacuara por sí mismo, ó sobre cuya resolución no diera instrucciones amplias y terminantes.<sup>1</sup> Puede decirse que para este señor no había hora perdida; porque aun el rato que invertía en la conversacion era en utilidad de los que le escuchaban; y cuando esto no fuera, ese rato nunca pasaba de ser el indispensable laxamiento de la cuerda del arco, que no puede estar tendido constantemente. Ese hábito de continuo trabajo fué el que dió á su espíritu el temple semejante á la impassibilidad, de que ya hablamos ántes: al grado de que, alguna persona que le trató íntimamente durante trece años, que le acompañó en algunas de sus más penosas visitas episcopales, y le auxilió en varias de sus más rudas fatigas, dice que: "nunca le oyó quejarse de cansancio; ni le vió dejar de trabajar por fatigado, ni aun cambiar de humor por causa de fastidio."

Una persona, muy caracterizada oficialmente, nos ha referido el siguiente hecho, que muestra el alto grado á que llevó el Sr. Camacho su resistencia en el trabajo, sostenida por la más estricta conciencia del deber. Estando en su Visita en algun pueblo, había ocurrido á él gran número de fieles pobres y procedentes de apartados lugares, en solicitud del Sacramento de la Confirmacion: el cual comenzó á administrar á las nueve de la mañana, y continuó sin interrupcion hasta la tarde: cerca de las cuatro de ésta, la continuidad del trabajo, y la falta de alimento, le hicieron desfallecer completamente; y fué necesario que le hicieran tomar una copa de vino para que se recobrara. Entónces los que le rodeaban le instaron para que suspendiera la administracion, que podria concluir el dia siguiente. A lo cual, el apostólico Obispo

<sup>1</sup> Esta aplicacion personal á todo negocio ocurrente, excusaba al Sr. Camacho de la necesidad de tener un Secretario, propiamente dicho: y á alguna persona que en cierta ocasion le interrogó por qué tenía por Secretario á un secular, respondió así: "El empleo de Secretario, en cuanto á mí, es puramente nominal; porque, en realidad, yo lo hago todo: y no hay cosa alguna delicada ó que merezca reserva, que no despache yo mismo, y solo yo. Además: para tener por verdadero Secretario á un eclesiástico capaz de serlo, necesitaria ocupar en esta plaza á un buen Párroco, ó á otro sacerdote necesario en otra cosa: y esto no conviene supuesta la escasez del clero de mi diócesis. Todo se resuelve en que aumento un poco mi trabajo personal. Pero es preferible esto."

contestó con estas ó equivalentes palabras: "Estos pobres han venido de muy léjos, y no sé con qué sacrificios, en solicitud del Sacramento: si no los confirmo hoy, tendrán que volverse sin él, ó perderán un dia más; y esto no sucederá: si muero, está bien: para eso soy Obispo." Y continuó.

Otra de las bellas dotes que distinguian al Sr. Camacho era la mansedumbre y benignidad de su corazon. Era uno de esos caracteres cuya serenidad y calma les forma cierta atmósfera de dulce paz, que envuelve á todos los que les rodean. Puede verse una interesante explosion de ese espíritu que le animaba, en su primera Carta pastoral; así como en la pieza que marcamos con el número XXV: en la cual, apercibiendo á sus diocesanos por ciertas demasías en que habían incurrido contra los protestantes, les dirigia, entre otras, esta ternísima frase: *¡no contristeis mi corazon!* Y en efecto, su generoso corazon se contristaba, se lastimaba de todo aquello que implicara violencia ó colision. Por esto, repetidas veces en sus Pastorales apercibió á sus diocesanos contra las sugerencias de los que quisieran arrastrarles á resoluciones violentas: "Cerrad, les decia, vuestros oidos á sugerencias de otro género, que pueden venir á veces de parte de algunos hombres deseosos de la revolucion armada. Algunos de los que os hablan ese lenguaje, no tratan más que de estafaros; otros de comprometeros por algun bastardo interés; y muchos en fin, aunque de buena fé, siempre para arrastraros y llevaros por una senda vedada." (Núm. XI. fol. 144).

Y ese lenguaje no era puramente oficial, era la expresion genuina de su modo de sentir y juzgar de las cosas; y en iguales términos se expresaba en las confidencias más íntimas. El mismo que en años aciagos defendió con heróico brío la causa de la unidad religiosa en el país, de la moral y disciplina católica, de los derechos de la Iglesia y de sus ministros, lamentaba amargamente que se desenvainara la espada en defensa de esa misma causa santa. Tuvo el Sr. Camacho un amigo, á quien apreciaba mucho: éste se afilió bajo las banderas del orden, y militó á su servicio por algun tiempo, y en defensa de la causa nacional. El respetable señor había dejado de ver á ese amigo por algunos años, hasta que, en Diciembre de 1865, volvió á verle en Guadalajara. Al saludarle, estrechándole entre sus brazos, con toda la efusion de un afecto antiguo y cordial, su primera frase fueron aquellas palabras, pronunciadas en solemne ocasion por El que trajo la paz al

mundo: *Nescitis cujus spiritus estis* (No sabeis á qué espíritu pertenecéis. Luc. IX. 53). Y no fué ésta la única vez en que de palabra ó por escrito significó á su amigo el disgusto que le causaba que hubiera imitado alguna vez el arrebató de los Hijos del Trueno.

Mas esa benignidad y mansedumbre no procedía de un espíritu pusilánime y apocado. Se asemejaba á Aquel que, no siendo capaz de extinguir la pavesa que aún humeara, ni acabar de romper la caña cascada; llegada la ocasion, con un látigo arrojaba del templo á los profanadores, ó hacia temblar á los fariseos increpándoles por su hipocresía y sus malas artes. Siendo ya Obispo, algun personaje poderoso, le demandó el ejercicio de cierto ministerio episcopal, que alguna condicion excepcional del solicitante hacia ilícito: el Sr. Camacho se negó á la solicitud, razonando con calma su negativa. Mas el solicitante, sin atención á ello, se presentó en público esperando el ejercicio del ministerio en cuestion; pensando, acaso, que la solemnidad de la situacion impondria al Prelado un compromiso, ó le arrancaria una débil condescendencia. Pero léjos de esto, el digno Obispo, en medio de la solemnidad del acto, y con acento imponente, intimó de nuevo su negativa; el denodado *non tibi licet* del Bautista, y protestó que nada le comprometeria á faltar al deber.

Nosotros que conociamos mucho y de largos años al Sr. Camacho, creiamos que esa su benignidad y mansedumbre eran una virtud tan natural en él que podia tenerse como efecto de su temperamento, fenómeno de organizacion. Pero hace poco tiempo que, departiendo sobre ello con alguna persona respetable, que le conoció más íntimamente que nosotros, supimos con admiracion que esa virtud era conquistada por una larga série de luchas y de victorias sobre sí mismo: conquista de héroes; porque heroísmo es luchar hasta alcanzar el vencimiento de sí mismo.

Pero sobre tantas reelevantes dotes que distinguian al Sr. Camacho; campeaba su humildad; ese perfume indispensable para que las demás virtudes no dejen de serlo, corrompiéndose por la orgullosa conciencia de sí mismas. Ya ántes hemos mencionado algun rasgo de la vida de nuestro Obispo, que revelaba su santa humildad; pero no queremos omitir otro, que parece hasta inverosímil en un varon encanecido en el estudio, en la meditacion y en el ejercicio de la palabra y de la pluma. Una persona muy respetable y testigo íntimo de lo que refiere nos

escribia, entre otras cosas lo siguiente: «Cuando Su Señoría Ilma. (el Sr. Camacho) tenia que escribir algo como Obispo, le leia el borrador á algun Eclesiástico de su confianza con el objeto de que le dijera, si habia union lógica entre las proposiciones; ó si habia algun defecto que pudiera advertirse en alguna expresion; y con la docilidad de un niño corregia ó tachaba lo que se le advertia.» Esa humildad le hacia esforzarse por encubrir todas sus acciones virtuosas, dándoles la significacion más natural, y aun de conveniencia ordinaria: sólo qué, al dar sus explicaciones, solia incidir en candideces que hacian reir. Le interpelaban por qué vestia de lienzo burdo del país; y respondia que se sentia mejor con él, porque le abrigaba más: se negaba á dormir en un catre decente de metal; y daba por razon que tales camas son muy débiles y rechinan mucho: tenia en la sala de su casa algunos retazos de alfombra, en lugar de alfombra corrida, y decia que porque aquellos eran más fáciles de sacudir: no aceptaba la silla de montar que un amigo le ofrecia con instancia, sino que preferia la que usaba un doméstico; porque, segun él, las sillas decentes suelen molestar por los muchos realzados, y no así las que usan los criados; porque con el mucho uso se ponen lisas y cómodas: le reconvenian sus amigos porque se internaba á las partes más accidentadas de la Sierra, con una comitiva de solo tres ó cuatro hombres; y contestaba que temia, si llevaba más gente consigo, no encontrar que comer para sí. ¡Y el varon de Dios pensaba que con sus razones de niño convencia á los que le escuchaban! No les convencia, pero les edificaba.

#### § XVI.

Creemos haber dicho algo para dar á conocer al Ilmo. II<sup>o</sup> Obispo de Querétaro, como hombre, como sábio, como sacerdote y como Príncipe de la Iglesia; y lo que hemos escrito no pasa de unos apuntamientos, que alguno otro sabrá aprovechar. Pero en ellos no hemos forjado una novela: no hemos tratado de pintar al hombre tal como debió ser; sino que, tal como fué, hemos procurado representarle. Como sobre ascuas hemos recorrido la época de la carrera eclesiástica del Sr. Camacho en

\*\*\*\*\*

la Iglesia de Morelia, no obstante que ella fué muy interesante; porque no pudimos obtener los datos necesarios para decir fundadamente mucho que á nuestro pesar hemos omitido. Pero respecto de las otras épocas de tan interesante vida, á más del conocimiento personal que desde muchos años teníamos del Sr. Camacho, hemos obtenido datos y noticias de personas caracterizadas, que por su posición se encontraron en contacto, ó muy cerca del respetable varon, á quien asimismo hemos hecho hablar personalmente por medio de su correspondencia particular, y de sus escritos oficiales. Hemos hecho, pues, lo que á nuestra insuficiencia era dado, para que los lectores que tengan la paciencia necesaria para imponerse de estas páginas, formen juicio del personal, cuyo boceto ellas contienen. Réstanos acompañar al justo en la triste mansion donde le sobrecogieron y *cercaron dolores de muerte*.

El venerable Sr. Camacho habia llegado al XV año de su episcopado; sostenido únicamente por el temple de su corazón, por la energía de su alma, por la fuerza de su voluntad; pero agobiado su cuerpo bajo el peso de enfermedades largas y dolorosas, que habian sido agravadas por las incesantes labores de su ministerio pastoral. Este su estado doliente le hacia pensar, desde mucho tiempo, en renunciar el episcopado: no por fatiga ni cansancio; no por proporcionarse descanso y bienestar para sus últimos años, sino porque temblaba, al solo pensar que su incapacidad física le pusiera en el forzado caso de no cumplir con sus deberes con la exactitud que su delicada conciencia le inspiraba.

Ya en 25 de Mayo de 1883, escribia á un amigo suyo: "Desde el pasado invierno estoy enfermo de una pierna, en la que he tenido que abrirme una fuente perenne que me impide asistir á la Consagración episcopal de nuestro excelente amigo el Sr. Vargas, que se verificará pasado mañana en la Catedral de Guadalajara." Desde entónces, el laborioso Obispo tuvo que limitar sus fatigas, á lo que su estado le permitia, en la ciudad episcopal. En principios de Julio, de paso para México, le visitó en Querétaro el Ilmo. Sr. Obispo de Leon, y le encontró ya en estado alarmante por el visible progreso de sus enfermedades; pero siempre en pié, trabajando siempre. En 14 del mismo mes emitia por escrito su respetable juicio sobre un folleto de controversia religiosa que habia sido sometido á su censura; y en 20 del mismo, otorgaba su licencia para la publicación, sobre la cual dió órdenes é instruccio-

nes escritas todavía de su puño. Sin embargo, ya en la víspera de ese dia habia sido atacado de la enfermedad que le llevó al sepulcro. Luchó con el mal, insistiendo en trabajar, miéntras le fué físicamente posible; y puede decirse que, de su humilde mesa de escritorio bajó á la tumba, que le recibió en su regazo helado el 30 de Julio de 1884, pocos minutos ántes de las cinco de la tarde. Doce dias de padecimientos crueles pusieron término á un episcopado de quince años y veintiseis dias (contados desde la fecha de su consagración); á un sacerdocio de cuarenta y cinco años, á una vida ejemplar y digna de inmortalidad de sesenta y seis años, cuatro meses y veintiocho dias . . . .

Aun en esos doce dias de suprema prueba, en las largas horas de una agonía dolorosa, pero tranquila, el Ilmo. Obispo de Querétaro dió relevantes muestras de una virtud avezada á largas y penosas luchas: el dolor no le arrancó una sola queja, ni le obligó á manifestar la más mínima exigencia. El que se hizo todo para todos en su vida, no fué una carga, no causó una molestia á los que cercaban su humilde lecho, á cuyo borde se asentaba ya la Hija primogénita del pecado. El anuncio de la proximidad del término de su peregrinación no puso terror al alma del noble paciente; porque para él como para el Apóstol, el morir era ya una ganancia; porque él, con el Salmista, podia decir: *Aunque caminase yo por medio de la sombra de la muerte, no temeré ningún desastre, porque tú estás conmigo.* (XXII. 4).

Recibió los Santos Sacramentos, que le fueron administrados con toda solemnidad; y en cuyo imponente acto, el varon de Dios dio testimonio de esa fé que transporta las montañas; de esa esperanza que hace descender los elevados cielos hasta la superficie de la region de las lágrimas; de esa caridad, santa enseña bajo cuyos pliegues avanza el escogido cortejo del Cordero Eterno; y á cuya sombra, encontrándose la justicia y la paz, se estrechan en abrazo divino, y cambian el ósculo de la misericordia sin fin. ¿Qué pasaba, entre tanto, en el espíritu del Pontífice doliente, durante esa sagrada escena, última en qué, en los confines de la vida, miraba á través del velo de los misterios hácia el mundo imperecedero, para, despues de un momento, ver con intuitiva vision, y poseer con actual posesión, la Verdad infinita á quien siempre amó, y el Bien sumo á que siempre aspiró . . . .?

A la cabecera del Ilmo. moribundo estaban, para indicar su camino al alma peregrina, el Ilmo. y Rev. Metropolitano de la Provincia y el